LOS ARCHIVOS DE LA
LITERATURA URUGUAYA

insomnia

Prodiul - Insomnia

Separata Cultural de Posdata - Viernes 8 de diciembre de 2000

Alfredo Mario Ferreiro (II)

Con García Lorca y Pablo Neruda en Montevideo

(Artículos publicados en la página 'Martes literario' del diario La Razón)

Alfredo Mario Ferreiro (II)

Con García Lorca y Pablo Neruda en Montevideo

(Artículos publicados en la página 'Martes literario' del diario La Razón*)*

Selección, introducción y notas de Luis Volonté

Introducción

El periodismo ocupó un lugar destacado en la vida de Alfredo Mario Ferreiro[1]. Luego de las experiencias juveniles en la dirección de *Cartel* o en las colaboraciones para otras revistas literarias, profundizó su participación en los medios escritos y orales de Montevideo. Escribió para *El Siglo*, *El Plata*, *El Imparcial*, *La Tribuna Popular*, *Mundo Uruguayo* y *La Razón*, entre otros y condujo programas en Radio Carve y en Radio Montevideo. Cumpliendo su promesa de no publicar más libros de poesía[2], canalizó su energía vital en el periodismo de divulgación cercano al testimonio. De todas sus experiencias, la de mayor dimensión es su pasaje por el diario *La Razón*.

Durante los años 1944 a 1946, coordinó semana a semana un espacio literario en el mencionado diario montevideano de formato sábana. Era la última página y se llamaba 'Martes Literario'. Se publicó casi todas las semanas entre el 27 de junio de 1944 y el 25 de junio de 1946. De tono muy personal, con la cuota de humor y de cinismo característicos del escritor de los años veinte, reprodujo poesía de actualidad, entrevistó personajes del mundillo literario, fustigó a las autoridades del Ministerio de Instrucción Pública y de la Facultad de Humanidades, inventó, 'refritó', tergiversó y por encima de todo se divirtió con su propia escritura. No tenía un plan explícito, pero se podía observar un gran interés por repasar la literatura rioplatense –aunque hay entregas sobre Mariano José de Larra, Federico García Lorca, José Martí o Walt Whitman, entre otros– y especialmente la uruguaya. Encontramos así artículos sobre Francisco Espínola, Juana de Ibarbourou, Humberto Zarrilli, Fernán Silva Valdés, Alberto Zum Felde, Sara de Ibáñez, Juvenal Ortiz Saralegui, Jesualdo, Julio J. Casal y los poetas franco-uruguayos Isidore Ducasse, Julio Laforgue y Jules Supervielle.

Su frecuencia semanal conspiró seguramente contra la calidad del producto, pero muchas de las páginas publicadas en 'Martes Literario' se pueden rescatar por su estilo, tanto como por su valor documental. Es el caso de los artículos testimoniales recogidos en este fascículo, relativos a las visitas a Montevideo de los poetas Federico García Lorca y Pablo Neruda.

La visita de Federico García Lorca se produjo durante su larga estancia en Buenos Aires (octubre de 1933-marzo de 1934). Asistió en la capital porteña a la representación de *Bodas de sangre* por la compañía de Lola Membrives. En febrero del 34 pasó por Montevideo y su encuentro con el escritor salteño Enrique Amorim fue secundado por nuestro celebrado periodista.

El caso de la visita de Pablo Neruda es rescatado a través del recuerdo de Juvenal Ortiz Saralegui, en una rica entrevista que complementa con sus intromisiones e invenciones. Se referirá a Neruda en dos oportunidades más. La primera el 5 de febrero de 1946, cuando publica en su artículo: "Pablo Neruda tiene una corta pero intensa biografía. Queremos que Pablo y Toño tengan cuadros de Figari. Que no se digan más algunas cosas que hemos oído en el Ministerio de Instrucción Pública, que se tenga una mayor cordura en la designación de profesores, directores o agregados culturales, dando preferencia a gentes (sic) que en rigor estén

Insomnia es la separata cultural de la revista Posdata

Director Responsable: Manuel Flores Silva; **SubDirector:** Eduardo Alonso Bentos; **Editor General**: Gerardo Bleier; **Director de Arte**: Fidel Sclavo; **SubEditor General:** Aldo Mazzucchelli.

insomnia

Editor: Aldo Mazzucchelli; **Cronistas**: Sofi Richero y María José Santacreu; **Columnistas**: Marosa Di Giorgio, Carlos Rehermann, Carlos Pellegrino, Amir Hamed, Mario Silva García; **Colaboradores**: Gerardo Ciancio, Gonzalo Curbelo, Aldo Defilippo, Feliciano Dublé, María Echenique, Amir Hamed, Christian Kupchik, Andrea Latorre, Sandra López, David Martino, Jorge Olivera, Álvaro Pemper, Gabriel Peveroni, Soledad Platero, Eduardo Roland, Gustavo San Román (Escocia), Fernando Santullo Barrio, Fidel Sclavo, Julio Varela. **Diseño:** Fidel Sclavo; **Fotografía**: Magdalena Gutiérrez.
e-mail: *insomnia@posdata.com.uy* - **Insomnia en Web**: *http://www.posdata.com.uy/separata/separata.html*

En Montevideo, con Federico García Lorca (*)

Alfredo Mario Ferreiro

arquitecturadas únicamente para eso. Y que se use, como prueba, el DDT en la Facultad de Humanidades. Para ver si es tan bueno como dicen." En este artículo, detalla la devoción con que Neruda veía a Figari, algunos aspectos de su biografía, y agrega su visión sobre la polémica con Juan Ramón Jiménez. En el segundo, con el título "Así como Rubén alcanzó a Verlaine, Neruda llega a Baudelaire. Pablo rompió el Becquerianismo andaluz que aún quedaba en Juan Ramón Jiménez y volvió a hacer poesía vagarosa"; reproduce el 'Discurso al alimón' presentado por el chileno junto a Federico García Lorca en el PEN Club de Buenos Aires en 1933, así como otros datos de la biografía de Neruda y algunos de sus poemas.

La estrecha vinculación de estos dos grandes poetas durante la visita de García Lorca a Buenos Aires, donde Neruda representaba a su país en el cargo de Cónsul, convierte a las dos notas seleccionadas en un documento importante, de contraste o confirmación de las peripecias muchas veces narradas.(*)

(*) Todas las fotografías incluidas en esta entrega, en su gran mayoría inéditas, pertenecen a la Colección Alfredo Mario Ferreiro del Programa de Documentación en Literaturas Uruguaya y Latinoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Los originales de las imágenes en que se encuentra el poeta español se depositan en la Fundación Federico García Lorca de Madrid, a excepción de la foto del mismo junto al auto de Amorim cuyo original perteneció a Esther Haedo, así como la del grupo entre los que se encuentra García Lorca.

1 En la cronología de Pablo Rocca incluida en la entrega Nº 1 de esta colección, 'Alfredo Mario Ferreiro. Sobre Arte y Literatura de Vanguardia', se puede leer una síntesis de su actividad periodística.

2 En el prólogo de *Se ruega no dar la mano*, Ferreiro expresa: "Este libro –mi segundo y último libro– sólo pretende demostrar una cosa: que puede haber dos sin tres." En *Se ruega no dar la mano. Poemas profilácticos a base de imágenes esmeriladas*. Montevideo, 3er Cuaderno de *Cartel*, 1930, pág. 1.

El teléfono vibró repetidas veces. Recién estaban instalados los aparatos automáticos. Nosotros, acostumbrados al antiguo teléfono, no atinábamos todavía a atenderlo con la debida presteza. Tan acostumbrados estamos que, cuando tenemos que indicar con gestos que vamos a hablar por teléfono, hacemos en el aire como si moliésemos, en vez de apuntar con un dedo hacia abajo y revolver la atmósfera como si discásemos.

Y es el recuerdo de la manija. De aquella manija de los teléfonos de antes, especie de molinillo de café, inservible, que, luego de darle para adelante y para atrás, no sonaba. Quedaba la línea muerta. Que esto de la línea muerta era una de las más espantosas pesadillas de aquellos teléfonos que se fueron en 1933 y principios del 34.

El teléfono seguía sonando. Cuando atendí, pude oír la voz de Enrique Amorim[1], con una claridad que me sorprendió.

Me invitaba para ir a Carrasco, donde él veraneaba.

Añadió que había una persona que deseaba verme.

Y terminó su mensaje, recomendándome que no fuese a faltar. Deseaban, él y la otra persona, almorzar conmigo.

Me fui a Carrasco como a las once y media.

Habré llegado a la una menos cuarto.

Entré al hotel[2], pasé por unos corredores, desemboqué en un amplio living, me espanté ante una horrenda exposición de acuarelas, y me sumergí en el rumoroso corredor.

Un chistido me enderezó el rumbo.

En una mesita, casi al lado de la puerta que yo acababa de trasponer, estaba Enrique Amorim. Me miró sonriente. A su lado –lo descifré de inmediato– sonreía Federico García Lorca[3].

Hubo una presentación, el saludo, yo me senté y, al hablar con el poderoso poeta, me encontré con que ambos nos tratábamos de tú.

Cuando terminó el almuerzo

Amorim ya conocía de mucho a Federico. Lo había visto en España, cuando el viaje de Enrique en 1929[4]. Lo acompañó en Buenos Aires, cuando vino con la Membrives. Y ahora estaba con Lola Membrives, aquí en Montevideo, esperando el estreno de *Bodas de sangre*.

Por aquel entonces, digan lo que digan, Federico no se juntaba más que con Amorim y conmigo.

Recuerdo que una vez hube de dejarlo un momento en la terraza de una confitería, aquella que estaba en 18 casi Cuareim, L'Elite, [y] tuve que presentárselo a mi amigo Mario Dupont Aguiar, para que alguien quedara acompañándolo.

Volviendo a Carrasco. Cuando terminó el almuerzo, atravesando aquel calor de la siesta, nos metimos en un ascensor y subimos hasta el departamento de Federico.

Federico se dirigió a un ropero y sacó una blusa marinera, a rayas finas negras y blancas, horizontales.

Se quitó la ropa y sobre la carne se ciñó la camiseta, regalo de Enrique Amorim, según me dijo.

Antes de salir del aposento, me hizo reparar en la distribución del mobiliario.

–¿Para qué querré yo dos camas? ¡Vamos! Este doble de cuarto...

Y efectivamente, hall de por medio, había otra habitación que también le estaba alquilada, que ni calculándola en un espejo hubiera sido más idéntica a la que el poeta utilizaba.

Había una porción de maletas. Ropa dispersa.

Y, sobre una mesita, en medio del aposento, junto a una corbata, unos libros enviados por la poetisa Sarah Bollo[5].

Amorim, con esa rapidez de Frégoli[6] que usa cuando quiere, ya se había cambiado de ropa. Por el corredor iba ajustándose el cinto al pantalón.

–¿Salimos?

–Salimos.

Alfredo Mario Ferreiro

Fuimos por el corredor. Por un corredor interminable. Unos quince o dieciséis kilómetros de corredor. Por el baldío del corredor avanzaba la ufanía de la camiseta marinera de Federico. Y nosotros, Enrique y yo, detrás del poeta. Yo, un poco admirado de que aquel portento fuese como si sacáramos a pasear a un niño.

No quiso el ascensor

Federico no quiso el ascensor. Quiso bajar por la escalera. Repasando con los dedos cortos de su mano pequeña, el calado de hierro de la jaula del ascensor.

Tenía miedo de las cosas mecánicas.

Una noche, en el mismo Carrasco, se lo presenté a Roberto Fontaina[7].

Fontaina lo invitó a dar una vuelta por el balneario.

Por aquel entonces Roberto Fontaina tenía un coche muy bajito. Largo y bajo. Un coche inglés. Un coche que, en aquellos tiempos, impresionaba por su altura. Tanto que cuando Roberto y yo nos disponíamos a entrar en él, algunos peatones se quedaban como haciéndose los distraídos por allí.

Nosotros teníamos estudiada la maniobra muy a fondo, de modo que casi siempre quedaban defraudados en su intento de ver la prueba los accidentales espectadores callejeros.

Otro que siempre se acordaba de este automóvil era Gerchunoff[8]. Lo llevamos al puerto, para dar una vuelta en *yacht*. Y como don Alberto no estaba al tanto de las maniobras que había que hacer para incrustarse en el alvéolo del asiento, tuvimos que esperar un poco antes de que estuviese acomodado.

Fontaina subía al auto y, automáticamente, encendía la llave del aparato de radio.

Vigilaba así, de paso, el funcionamiento de Carve.

Sube Roberto, subo yo atrás y dejo a Federico que se instalase junto a Fontaina.

Arranca el automóvil. Nadie hablaba en esos primeros momentos. Y de repente, con una entonación de pánico, la voz de García Lorca:

–Para... para...

Roberto frenó de tal modo que reboté contra el asiento delantero.

–¿Qué pasa?

Federico ya había abierto la portezuela y estaba en tierra.

–¿Qué hay? ... ¿Qué le pasa? –me preguntaba Roberto.

Y Federico desde afuera, temeroso, preguntándole:

–¿Y esa voz? ¿Esa voz? Esa voz no estaba cuando yo subí...

–¿Qué voz?... ¡Ah!... Es la radio, Federico...

–No... no...

Y no hubo forma de convencerlo.

Aquella voz no estaba dentro del coche, cuando él había subido. Al aparecer la voz, manando del tablero, el pánico se había apoderado de Federico. Y aquella tarde, en el Carrasco, pude advertir su temor por lo mecánico.

–Nada de ascensores... Por los ascensores suben las brujas... Los ascensores son las modernas chimeneas para brujas, aviadoras de medianoche, sobre escobas ardientes, despidiendo humito de avión por las pajillas encendidas de la cola.

La escalera nos dejó en el bar. Ruido de cristalería. Conversaciones dispersas. Luz filtrada al través de las cortinas. Nos sentamos un momento mientras Amorim iba a buscar su automóvil.

Allí me acuerdo de que hablamos de Ramón Gómez de la Serna. Hacía poco que Ramón había pasado por Montevideo[9]. A su vuelta, le habló de esto a Federico. Le insistió para que viniese a América, sobre todo a esta parte de América, al Río de la Plata. Y Federico, luego de referirse al talento inmenso del difundido escritor, nos dijo que le gustaba enormemente andar por estos parajes del mundo.

Vino el mozo. Le pregunté qué quería tomar.

–Café –dijo.

–¿Nada más?

–Café... Simplemente café. Tú debes saber que para mí la gente que no toma café no cuenta.

Llegaron los pocillos. Volvió Enrique. Enrique fumaba. Ni García Lorca ni yo éramos partidarios del tabaco.

Y de repente, dijo García Lorca, con un frenesí de chiquillo:

–Dos actos. Tengo dos actos. ¡Y vieras tú lo que me gustan!

El sujeta-manteles

Se refería a *Yerma*[10]. El último acto lo escribió en Montevideo. Declaró, además, que el mar le hacía mucho bien.

Quedó en la silla, mirando por una ventana al mar.

Una cortina le abanicaba el calor. Sobre la planicie del agua, una velita, allá, por la orilla del cielo.

Federico –que siempre está sonriendo– queda con los ojos entornados, afinados, captadores. Y en las manos, revolviéndose en ellas, el destello acerado de un juguete metálico.

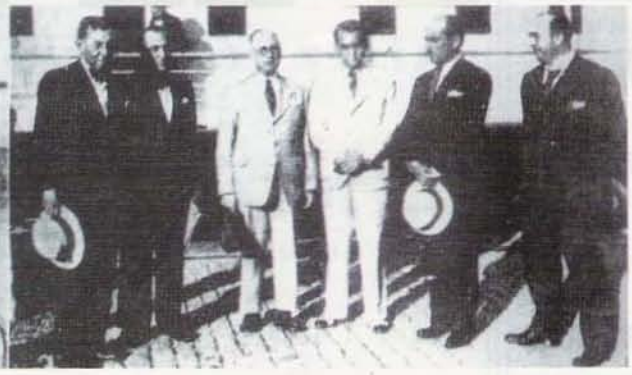
Sí, un juguete de acero. Un sujeta-manteles de resorte.

Estos sujeta-manteles son por ahora la obsesión de Federico.

–¿Sabes?... No digas nada... Los robo en las cervecerías al aire libre.

Dejaba uno, el que ya le había servido de juguete por dos o tres días, y se llevaba otro.

–En el Munich, en plena Avenida de Mayo, ¡vieras tú!, ya sabían que iba para



cambiarlo. ¡Y éste, que casi me lo dejo en Buenos Aires! Suerte que por entre la gente amontonada en la Dársena Sur, apareció la mano amiga y la voz que decía:

–Federico, Federico, que te olvidas de esto.

Y finalmente se lo alcanzaron por la borda.

En las manos del inmenso poeta, da vueltas de carnero el juguete de acero, mientras los ojos de Federico andan navegando sobre el azul del Río de la Plata.

El mar

De veras que te hacía falta el mar, Federico. Tú, que lo tienes a raudales en tus poemas. Tú, que vives rodeado de peces y lees el misterio del pez en los ojos de todos los acuariums del mundo, ¿cómo no vas a extrañar el mar?

–¡Mar!... Aquí le tengo. Y ¡qué buen trozo de mar! Pero nos iremos a ver más. Estáis rodeados de mar, bordeados por playas maravillosas (haciendo un ademán de índices y pulgares unidos, maravillosas). Maravillosas...

Queda en suspenso la conversación. Los tres miramos al mar. En primer término, blandamente, llenos de reflejos, corren los autos por la rambla.

–He venido con Díez Canedo (que por entonces era embajador de España ante nuestro gobierno), luego de dejar a Antonio Pena y a Emilio Oribe y a los demás que fueron esta mañana a buscarme a bordo[11], mirando esta maravilla de mar. Te aseguro que yo pensé venir por poquitos días. Pero ahora, ante este mar, voy a tener que quedarme quién sabe cuánto...[12]

–El tiempo necesario para terminar ese tercer acto que falta.

–No sé... Tal vez más...

–Aquí te será más fácil escribir...

–Sí. Haré todo cuando deba hacer. Y ese tercer acto me saldrá magnífico. Ya llevo esos dos que me gustan de veras. La gente conoce al Lorca del *Romancero gitano*, al del *Cante*, al de *Bodas de sangre*. Pero... ¡vais a ver esto! Ahora sí que estoy en García Lorca. Ahora me siento García Lorca. Ahora estoy dando lo que ambicionaba dar. ¡Ya verás!

Y se entusiasmaba. Se alza como un fuego. Torna a sonreír. Giran en el aire sus manos como si estuviese sintonizando ondas dispersas. Echa atrás la cabeza. Torna a sonreír. Muestra la apretada fila de sus dientes pequeños y parejos. Afina los párpados hasta hacer con ellos una raya adelante de las pupilas.

–Vamos... –dice Amorim.

–Vamos...

Y caemos paso a paso por los escalones. Lentamente. Soportando aquella marca de fuego que el sol nos tira al pecho y a la espalda.

Bodas de sangre nace en Bach

–El mar. Lo necesitaba ¿sabes tú?, tanto como necesito la música. No sé. Es el círculo mágico. Lo experimentamos a menudo. Oye bien esto: una vez estábamos muy borrachos Stravinski y yo con Manuel de Falla[13], que no lo estaba; nos pusimos a hablar sobre este asunto. Y caímos en la cuenta de que los tres –Falla, Stravinski y yo–, trabajando creando a expensas de nuestros círculos mágicos. Música. Música. Mar, libros.

«No es que tenga que ver una cosa con las otras.

«No, no tienen absolutamente nada que ver.

«Pero te van trayendo lo que tú quieres atrapar y conseguir.

«Te lo traen.

«Comienzas a escuchar voces que te dicen: "sigue por aquí", "escribe esto", "di tal cosa".

Bodas de sangre, para poner un ejemplo, está sacada de Bach.

«Vuelvo a repetirte que no tiene nada que ver mi pieza de teatro con Juan Sebastián Bach o con su música.

«Pero ese tercer acto, aquello de la luna y el bosque y la ronda de la muerte, todo eso lo he percibido en una Cantata de Bach que yo tenía grabada en disco. Y déle con la Cantata en el fonógrafo mientras trabajaba.

«Y es que donde yo esté trabajando tiene que haber música.

«Yo, también te lo declaro, me paso gran parte de mi tiempo leyendo libros de historia natural. Libros científicos. Eso, lo he comprobado, me da la verdad.

Calla Federico. El coche de Enrique está a pocos pasos. Regresan, náufragos en tecnicolor, unos bañistas lentos, agotados.

Nosotros recordamos el escándalo que armó en España aquella definición de Halffter[14], a quien conocimos en 1930:

–En mi país hay tres grandes músicos: Falla, que es mi maestro; yo, que soy su discípulo preferido, y Federico García Lorca.[15]

Entramos al auto. Enrique y Federico adelante. Yo, atrás.

Subimos por Juan Ferreira, que ahora se llama Bolivia, desembocamos en Italia, atravesamos el Parque José Batlle y Ordóñez.

Federico queda contentísimo de cuanto va viendo.

–¡Magnífico! –exclama de vez en cuando.

–Oye, Federico, ahí tienes el estadio[16]. Ahí deberías traer tu Barraca.

–¡Mi Barraca! ¡Ojalá pudiera traerla hasta vosotros! Pero me parece demasiado sueño para que cuaje en cosa de tocar. ¡Mi Barraca!...

Y suspira por la lejanía de su teatro portátil[17].

García

Alfredo Mario Ferreiro

Teatro 18 de Julio
Empresa. Nicolás Messuti
Teléf. Automáticos: 80497, Administración - Boletería, 85675
Miércoles 14 de Febrero 1934
A LAS 19 HORAS
A PEDIDO
ULTIMA Conferencia
POR EL
CELEBRADO AUTOR Y POETA ESPAÑOL
FEDERICO
GARCIA LORCA
TEMA
"Poeta en Nueva York"
(Resilación de Poesías)
PRECIOS DE LAS LOCALIDADES
PLATEA $ 2.00
LA TRIBUNA POPULAR

El teatro ambulante

–¡Tú sabes!... Mi Barraca por la Mancha. Fuimos al Toboso. ¡Dimos una función en honor de Dulcinea! Cuatro mil, y no te exagero ni esto... Cuatro mil labriegos, cuatro mil manchegos, allí, mirándolo todo, en medio de un silencio de oír volar moscas.

«Un silencio condensado en los ojos y en las bocas, enderezados hacia la escena.

«Y ¡vieras tú!, los personajes tenían el pelo de metal, color plata, o bronce. Pelo violeta, dorado. Barbas verdes. Señores vestidos con trajes de tremendas hombreras.

«Todo, todo increíble para el sentido común. Pero...

«¡Ay, qué consuelo inmenso! Todo fue entendido hasta su menor repliegue de detalle por aquel público.

«Por aquel público que se topaba por primera vez con Calderón[18].

«Ninguno encontró nada que chocara con el sentido de la realidad de cada uno.

«Y es que nosotros, con las barbas verdes, con los cabellos de cobre, con las inmensas hombreras, decimos la verdad.

«Y las gentes del campo tienen los oídos y el alma hechos a la medida de la verdad.

«Para recibir, alojar y madurar, esa verdad que les damos.

Con Luis Pedro Mondino

Ya corre el automóvil por las sombreadas calles de Pocitos. Nos detenemos frente a lo de Luis Pedro Mondino[19]. Mondino, por aquel entonces, vivía en la calle Canelones, a la vuelta del Mirador Rosado, que ya no es más mirador y menos, por tanto, rosado.

Aparece Mondino. Trae en brazos a Susana, su hija. La pibita tiene un año y meses.

Invitamos a Mondino a venir.

No puede. Quehaceres impostergables le retienen en la casa. Ya son las cinco de la tarde.

Federico se asomó por el ventanillo y besó la manito de la piba.

Salimos como flecha. Tomamos el Boulevard Artigas. Le mostramos la residencia del Embajador de su patria, que era la esquina de Rivera y el Boulevard[20]. Desembocamos en 8 de Octubre. Atravesamos la Unión. Caímos en la carretera del camino a Maldonado.

El auto quiere correr. Es un poderoso Voisin acostumbrado a los caminos de Europa.

Se sacude en el cruce ferroviario de Empalme Olmos.

Federico va acotando, como un *speaker*, al tiempo de señalar las distintas modalidades del paisaje:

–Esto es Castilla.

–Esto es la Mancha.

–Éstos son los alrededores de Madrid.

–Éste es un paisaje humanizado. ¿Veis? –nos dice Federico–. Tú desde aquí, desde tu ventanillo, dominas perfectamente el paisaje. Lo ves, lo manejas en su maravilla de mosaico que se une y armoniza. Pero allá, en la Argentina, ¡la planicie! Lo que no podrás nunca dominar. Lo que siempre te dominará por el terror de la extensión, del verde sin límites.

–Esto es Asturias.

Dobla el automóvil.

–Esto es mi patria –dice, por fin, Federico.

¡Los verdes! ¡Los verdes!

–Oye: me siento compatriota vuestro. Estoy en mi país. Para mí, esto no es viajar. Te juro que en Cataluña siento más la lejanía de mi solar que aquí. No; puede ser que ustedes me consideren extranjero. Pero yo, por mi parte, no puedo considerarme como tal. No siento mi calidad de extranjero recién llegado a esta tierra que ya es mía.

Y vuelve los ojos al paisaje. Juega el campo al lado del poeta a cambiarle los colores. Y le iza una tormenta, al fondo del auto, por el Norte. Una poderosa tormenta, con una avanzada de nubarrones negros, cicatrizados por los relámpagos.

Azules, negros, ocres. ¡Y los verdes!

No es para referir con palabras el milagro de los verdes.

Hay que echarse a la carretera y verlos, y atravesarlos, y olerlos, y gozarlos en la opulenta multitud de sus tonos infinitos.

–¡Los verdes! –grita Federico–. ¿Habéis visto estos verdes?

Ya estamos sobre la playa. Atlántida es un desnivel que cae en el mar. Vamos por entre sus bosquecillos, sus calles sombreadas, sus hotelillos de colores. Vamos a quedarnos aquí. En este hotel que parece hecho de maderitas.

Mientras permanecemos en la acera, Amorim da furiosas arremetidas con el coche, que no atina a embocar las bocacalles.

Por fin lo acomoda junto a la vereda.

Las personas que están aposentadas en torno de las mesitas, nos miran largamente, con miradas identificadoras.

Federico mira para el mar, en cuya

superficie comienza a acuatizar el reflejo violeta intenso de la tormenta del norte.

Por los árboles anda un incesante revoloteo de pájaros asustados.

Saltan de uno a otro, como si trabucasen la morada.

Amorim se nos reúne.

En cuanto podemos, volvemos a la calle. Y, como no llueve todavía, andamos por el medio de la calzada hacia la playa. Hacia la orilla del mar, por el que tanto se desvive García Lorca.

El mar tiene esa pesada quietud de la espera.

Pronto ha de venir el viento a despertarlo.

Ya las primeras ráfagas luchan con los espigados eucaliptus.

El mar comienza a erizarse, como sintiendo de antemano el frío de las agujas de la lluvia inminente.

Caen unas tremendas gotas que no llegan al suelo. Que golpean sordamente en las hojas de los árboles.

La tierra, aprovechando un remolino de viento, se traslada de un lado para otro, en menudas, enanas tolvaneras.

Y Federico, que llega inédito a todas partes, con sus ojos renovados a cada instante, tuerce hacia la acera, se refugia bajo los toldos de un cafecito, se sienta en un sillón de paja, nos señala con los ojos los demás asientos, y queda abarcándolo todo, como si todo acampase en su torno, en su homenaje, mientras de la mano caída sobre el brazal, sale el relumbre de su atrapa-manteles, brillante y sonoro a muesca, en aquella sala de espera en tormentas.

Iremos refiriendo cuanto nos aconteció en aquella y en otras playas. Y lo que dijo Federico. Aquí sentado y allá, en la arena, en el borde del agua.

Y quedamos aguardando, mientras unos turistas silenciosos, marchando sobre suelas de corcho, vienen remontando el acolchado polvo del camino.

Recuerdo que llovió muy poco. La tierra estaba reseca. La lluvia en la arena había dejado como pozos. Como si la mano de la arena hubiese estado sopesando las gotas que cayeron.

Apenas despejado el cielo, marchamos hacia la playa.

Bajamos por la barranca mitad tierra, mitad arena, y volvimos a detenernos en un altozano –el último–, desde donde el mar podía contemplarse en una ininterrumpida redondez. Ni un barco. Ni una velita, de estas que van por el mar a traer los peces. Nada. Llegaba mansamente a la costa el olor del balneario.

A nuestras espaldas comenzaban a encenderse, automáticamente, las luces. Primero, una ventanita se iluminó de pronto. Luego, otra y otra y otra.

Después, se oía golpear las persianas y, una vez cerradas, el pentagrama luminoso de la luz prisionera, evadiéndose por las rejillas.

Quedamos allí un momento.

Los eucaliptos eran violetas. La arena, violeta. Una gran faja de agua, violeta. El sujeta-manteles que restallaba entre los dedos de Federico, comenzó a lanzar destellos violetas.

En la lejanía, latía la luz de un faro. Roja. Fijamente roja. Blanca. Fijamente blanca. Y cuando oscureció más, paseaba la luz por sobre el agua, como un torero su capa de luz, por sobre una cabeza astada de olas de mar.

Un rítmico chocar de cascos de caballo nos hizo volver.

Federico me asió fuertemente un brazo.

¡Mira!... –me dijo.

Miré. Venían dos niñitos –de diez, de once años–, arreando un caballo flaco, de pelo dorado, ojos violetas, gesto triste. Un caballejo de alquiler, con forúnculos de hueso por el lomo y las ancas.

Venían los dos niñitos muy ufanos de su trabajo: arreaban el caballo.

El caballo iba atento a las matitas de pasto. El vaho de la lluvia que comenzaba a evaporarse, le enardecía las fauces y le estiraba el belfo hacia una matita violeta, hecha con pastitos, recién refrescada al borde del camino mojado.

La ronda de la muerte

Desde nuestro altozano distinguimos parte del campo, ya próximo a sumergirse en el inminente abrazo segador de la noche.

Labriegos, vacas, nubes.

Y el pizarrón de la tormenta, más envioletado que nunca, trazando guarismos de relámpagos con una nerviosa tiza eléctrica.

Y ahora, frente a nosotros, el caballo y los niños.

Los niñitos van con ramitas azuzando a la pobre bestia.

Federico me oprime el brazo. Guarda el sujeta-manteles en un bolsillo del pantalón.

–¡Vivo rodeado de muertes! –exclama de pronto. De muerte, de muerte física. De mi muerte, de la tuya, de la de éste –y señala a Enrique Amorim, que le mira atentamente.

–¿Comprendes? ¡Ah!... Y lo que escribo... También con muertes. Imagínate cómo será mi próximo libro. Tendrá trescientas páginas. Tal vez más. Un block así (y hace la forma del tamaño con sus manos pequeñitas, a una de las cuales ha vuelto a prenderse el sujeta-manteles).

–¿Qué necesidad tengo yo de la muerte de esos dos niñitos? ¿De esos niños que van tranquilamente detrás del caballo? ¿He venido para esto?

Alfredo Mario Ferreiro

Pasa el grupo del caballo y los pibes.

–Suponte que ese caballo les descargue una coz... ¡Cómo quedarían deshechos! Un niñito que come pétalos de rosas, que va con un rebenquito, recibe una coz en pleno rostro y queda despeinado de sangre y roto aquí, delante mío...

Vuelve la mano al brazo, y pasa el otro brazo por el de Amorim.

Hay un silencio aplastado en las orillas por el batir del mar, que llama a las tormenta.

Nos volvemos atrás. Subimos al auto. Y descendemos a la playa por un atajo vecino. Ahora puede llover cuanto quiera.

Ya en la playa, descendemos del vehículo. Enrique y yo nos sentamos en una roca. Federico queda de pie.

Aparece dentro de su blusa marinera, apoyado en sus piernas de pantalón blanco, gesticulando con aquellas manitas y hablándonos con la voz de García Lorca.

Nos está diciendo poemas.

Todos ellos son de un libro próximo que se titula *Introducción a la Muerte*[21], según nos dice. Ese libro de trescientas o más páginas a que aludía cuando pasaba el caballejo con los niños a remolque.

Jornadas de gloria

Que no pretenda el lector de estas crónicas un resumen de cuanto oímos Enrique y yo aquella tarde.

Bástele saber que llegó un momento en que nos apretábamos el pecho con los brazos cruzados, y nos subía una angustia de alegría, que manaba de aquel torrente de palabras mágicas.

Porque eran palabras.

Palabras de las que usamos todos. Palabras simples. Las palabras tuyas y mías. Las que usamos siempre. Para hablar, para escribir, para pedir la comida o el sueño. No había nada de eso que los intelectuales ponen en sus discursos o en sus escritos. De eso que parece escrito con clave.

Nada. Nada. Palabras. Pero al salir de él se condensaban, tomaban un sentido distinto. Se coloreaban de sentidos que nunca habían tenido.

Federico, como un gran domador de las palabras, las sacaba a la pista y les hacía hacer prodigios que nunca habían hecho.

Las pobres palabras nuestras se magnificaban, tomaban jerarquía.

A nadie he visto nunca, ni veré jamás –y creo que mi querido Amorim tampoco– realizar este milagro.

¡Qué palabras! Eternas, macizas. Aunque dijera "columna de ceniza", por ejemplo, no se derrumbaban. Se encrespaban, por el contrario, y formaban la seguridad de lo perenne.

Apareció Nueva York. El mar. La luna.

Sobre todo, la luna.

Y los peces.

Vayan ustedes [a leer] la 'Oda a Walt Whitman'[22] y trasládense con ella a este escenario y añádanle la voz del poeta. La voz del poeta que todos conocieron por la multitud de sus conferencias.

Para nosotros ese responso a todos los maricas del mundo es una de las más altas producciones de Federico, si es que Federico tiene algo que pueda llamársele más alto aún.

Es la defensa de aquel de las manos caídas, que andaba por East River, con su gran barba llena de mariposas, jugando con los muchachos, hablando con ellos, mientras el sol cantaba por sus ombligos, debajo de los puentes.

Dos horas duró aquello.

Dos horas que cupieron en contados minutos.

La noche había caído dormida sobre el mar.

En plena oscuridad estábamos. El faro seguía pasando su escobita de luz por sobre el agua.

El 30 de enero se cumplieron los once años de esta escena, de sus dichos. Sería torpeza nuestra querer hacer hablar a los grandes con nuestra pobre prosa.

Alguien lo ha intentado, no obstante. ¡Hay que ver cómo ha quedado el grande hablando de ese modo!

No caben aquí ni las transcripciones fugaces, ni las lunas que huyen torrente arriba, ni los mares que recuerdan de golpe el nombre de todos sus ahogados.

Tampoco caben las trascendentales cosas que Federico nos confió acerca del concepto y técnica de la poesía.

Siempre hemos pensado en llevar a un libro los apuntes de aquella tarde.

Cuando Federico, de espaldas al mar, con un pie en el estribo del coche de Amorim, vestido de marinero, pisando con el otro en una tierra que consideraba suya, nos dijo:

–La poesía debe ser esto. Esto es un auto, por eso lo toco. Y nada más. Todo lo demás es antipoético. La verdad, siempre la verdad, sin cambiarla. Esforzándose por referirla siempre. Porque en toda verdad hay latente una hondísima manifestación poética.[23]

Más muertes y valses

Iba subiendo la noche, toda mojada, por las espaldas del mar. Quería irse a babuchas.

–Yo estoy rodeado de muertes, ¿sabes? Canto eso. Y me están saliendo unas cosas...

Era feliz con el giro de su producción. Ya antes, en el Carrasco, nos había manifestado su alegría por la bondad de su producción teatral. Aquí, volvía a poner en evidencia su satisfacción por el resultado de su poderío poético.

–Me están saliendo unas cosas llenas de muertes...

Y para paliar este efecto de la muerte, que estaba toda enlutada de mar y noche, se puso a recitar un vals. Un vals muy vienés. Un gira-gira de palabras deliciosas, encadenadas a una poesía indescriptible para ser referida.

–Pero... esto no quita lo otro, Federico.

–Es que lo otro es la muerte... Todo es muerte. Y lo hago, lo hago para que la gente me quiera. Nada más que para que me quieran las gentes he hecho mi teatro. Y mis versos. Y seguiré haciendo versos y teatros, porque preciso de ese amor de todos.

Aquellas palabras que en 1934 oíamos, tomaron un tremendo sentido a raíz de la muerte del poeta.

–Fusilado... Eso es lo que creen muchos.

Lo mataron a palos. Las bestias que lo ultimaron lo mataron a palos y patadas, dentro de un cuarto (sic). Antes que pudiera interceder alguna poderosa influencia. Para darse el gusto de matar a España. Porque Federico García Lorca, como hace más de cien años lo fuera Mariano José de Larra, era España. La España de mis antepasados. La España maravillosa, asombro del mundo.

Quiero creer que el primer garrotazo le privó el sentido. Porque de no ser así... ¡cómo habrá muerto! Con qué susto infeliz angelito, con aquel miedo que le tenía a la muerte.

Una noche en las sierras

Dejaré para otra vez las cosas que ocurrieron con Federico en las sierras de Minas.

Creíamos que debía conocer aquella zona del país. Y lo llevamos. Nosotros siempre que podemos llevamos a alguien a Minas. Para que se entere y compare.

Cuando volvíamos, ya el autor de espaldas a la sierra, Federico sacó la cabeza por el ventanillo y pegó un grito.

Paramos el coche. Bajó. Anduvo caminando alrededor. Pasaba y tornaba a pasar. Y, abriendo la portezuela, volvió a acomodarse en su asiento.

–¡Vamos...! –dijo.

Y seguimos.

–¿Qué hacías, Federico?

–Le estaba diciendo a la luna lo que siempre le digo. ¿Sabes tú? Yo tuve una nodriza que era tan gitana como yo. En materia de saber no la aventajó nunca nadie. Ella me enseñó las nueve cosas que hay que decirle a la luna llena la primera vez que la vemos. Y... ¡mira...!

Miramos por el ventanillo posterior.

Una luna redonda, venía girando por el borde de los cerros como para alcanzarnos.

La luna se había enterado de que Federico García Lorca estaba cerca de ella, y querría contestarle, sin duda...

Para otra vez dejaremos este relato y los que en torno a su natural supersticioso nos ocurrían de continuo.

Ahora quería volverse a Montevideo.

–Lola (por la Membrives) está un poco enferma. Y yo, con la caída de este caballo que me volteó en Buenos Aires, ando con esta rodilla a la miseria. Por eso es que parezco rengo...[25]

Juan Ramón y Machado

–Vamos... Y por el camino recitaremos los poemas de los grandes.

Y su voz, en todo el trayecto, fue para traernos a Antonio Machado y a Juan Ramón Jiménez. Grandes entre los grandes. A las once o doce de la noche llegamos a Carrasco.

Nos detuvo un rato la generosidad de su voz mostrándonos las excelencias de Machado y de Jiménez.

–¡Qué poetazos! –exclamó incontenible.

Y nosotros pensábamos:

–¿Y tú? ¿Tú, gloria, que eres el dueño de las únicas palabras que pueden transformarse en poesía?

Volvimos al centro.

La ciudad se había deglutido todos los diálogos, y los iba dejando caer letra a letra por los colores de los aviones luminosos.

Nuestra marcha a la ciega

Ahora, Federico, volamos con los tableros al aire, pero cubiertas por el destino las micas de la carlinga.

No sabemos bien qué pasa. A veces te encontramos, pero vienes firmado por otro.

Te han mezclado con Neruda y con otros altos poetas del momento. Y como hay mucha desorientación, muchos creen sinceramente que están añadiendo algo y resulta que los están repitiendo a todos ustedes.

Tú sigues tan vivo como cuando vivías en este mundo.

La gran prueba del poderío de un poeta la dan sus imitadores. Si de los imitadores se sale airoso, ¡ya está! poeta para siempre.

Y tú vas saliendo cada vez más ennoblecido de estas pruebas. Como los bronces y las telas, que se terminan por la

mano del tiempo.

El tiempo ya te ha tomado bajo su ala. Y vuelas con tu vuelo de antes. Victoria Ocampo[26] lo dijo. Asistió conmovida al estreno de tu *Doña Rosita la soltera* en Buenos Aires, casi al año de tu muerte.

Verde que te quiero verde
Verde viento, verdes ramas

Éstos fueron los primeros versos que te oí recitar, Federico, en Madrid, hace siete años.

Los versos de tu 'Romance sonámbulo'[27].

Esa noche te veía por primera vez y pensaba: ¡Cuánta vida!

Porque en ti todo era abundancia de vida, riqueza de vida, alegría siempre renovada de vivir.

Esta noche, al ver tu pieza, era a ti a quien volvía a ver.

La voz de los actores me traía la tuya.

La tuya repitiendo esos versos que yo te obligué a repetir aquella otra noche en que me encontré contigo por primera vez.

Esos versos de tu 'Romance sonámbulo':

¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.

Cuando oigo tus versos, cuando en esa pieza que acabo de escuchar sopla el viento de tu lirismo y de tu travesura, viento de primavera que se lleva jardines enteros, ¡cómo te siento vivo!

Vivo de esa vida tuya de niño contento en la tierra como en una juguetería.

Y entonces no puedo creer que...

Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.

Parecías tan poco hecho para esa clase de rosas, Federico.

Tan poco hecho para lo que las derrumbó, atrozmente.

Las trescientas rosas, ibas tú a dárnoslas a tu manera.

Pero te las han arrancado estúpidamente, bárbaramente del corazón, impidiendo así que florecieran.

Quería escribir algo sobre tu pieza.

No puedo.

Surges ante ella y me la ocultas.

Me dices:

¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.

Me lo dice tu voz de Madrid de hace siete años.

Yo, yo, Federico García Lorca, te contesto:

Estás en el canto de la Tierra y no en el silencio de la Tierra.

Todos nos damos la mano y unos pasan antes y otros después.

Federico García Lorca, ¿me oyes?

Seguimos de la mano, así es el juego.

Ríes con una risa que suena a infancia.

Esa infancia tuya que era como el color de tu alegría.

Ríes en el silencio de la tierra porque estás en el canto de la tierra.

"Trescientas rosas morenas" no han logrado ahogar tu risa de niño y seguimos de la mano.

Así es el juego.

¿Me oyes, Federico García Lorca?

(*) Artículos publicados en la página literaria de *La Razón*, Montevideo, 20 y 27 de febrero de 1945. Ambos llevan por título –con mínimas variantes–: 'En el verano de mil novecientos treinta y cuatro, Federico García Lorca viajó con nosotros todo a lo largo del mar. De cómo lo vimos, de cómo lo oímos y de cómo lo recordamos quiere tratar esta crónica'. La génesis y reproducción de estos artículos ha sido puesta en evidencia por Pablo Rocca en su 'García Lorca: obra, símbolo y discordias en Montevideo', en Andrew A. Anderson (editor), *América en un poeta. Los viajes de Federico García Lorca al nuevo mundo y la repercusión de su obra en la literatura americana*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía/ Fundación Focus Abengoa, 1999, págs.193-209; allí consigna que estos dos artículos aparecidos en el diario *La Razón*, constituyen una "ampliación de otros dos (el primero aparecido en *El Pueblo*, Montevideo, Año II, N° 653, 1° de febrero de 1934; el segundo, publicado como epílogo a la segunda edición del *Poema del cante jondo*, 1937)"; este último fue recogido por Andrew Anderson en 'García Lorca en Montevideo: un testimonio desconocido y más evidencia sobre la evolución de *Poeta en Nueva York*', *Bulletin Hispanique*, Burdeos, LXXXIII (1981), p.145-161.

1 Enrique Amorim (1900-1960) mantuvo estrecha amistad con Alfredo Mario Ferreiro, a pesar de sus discrepancias ideológicas (Ferreiro era defensor y activo participante del régimen terrista); éstas no detuvieron sus encuentros ni su correspondencia. Prueba de ello son, en primer lugar, las cartas de Ferreiro acumuladas en la Colección Enrique Amorim de la Biblioteca Nacional, en las que se puede leer sobre los actos del régimen, así como sobre literatura. En segundo lugar, este encuentro con el poeta español.

2 Se refiere al Hotel Carrasco, inaugurado en 1921, que se erige junto al mar en el barrio del mismo nombre.

3 Federico García Lorca (1898-1936) llegó al Río de la Plata para presentar *Bodas de Sangre* y otras piezas teatrales en salas de Buenos Aires, Rosario y Córdoba. El 30 de enero viajará a Montevideo donde dictará cuatro conferencias los días 6, 9, 10 y 14 de febrero ('Juego y teoría del duende', 'Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre', 'Arquitectura del cante jondo' y 'Poeta en Nueva York', respectivamente; seguramente, también, para huir al asedio de artistas y periodistas en la ciudad de Buenos Aires y aprovechar el descanso para terminar *Yerma*, y además por la insistencia de Enrique Díez Canedo, a juzgar por una carta a su familia en la que les escribe: "Queridísimos padres: Ya terminaron mis asuntos en Buenos Aires, pero he recibido una carta de [Enrique] Díez Canedo, que está de Ministro en Montevideo, diciéndome «que por política» tengo que ir allí, y que no es posible que regrese a España sin pasar por Montevideo. Así pues, él me invita a la Legación y no tengo más remedio que hacerlo". Cfr. Andrew A. Anderson y Christopher Maurer (eds.) *Federico García Lorca. Epistolario completo*, Madrid, Cátedra,

1997, p.795-6. Pero Federico no se alojará en la residencia del Embajador. A tales efectos, el empresario teatral Juan Reforzo, esposo de la actriz Lola Membrives, reservará habitaciones en el Hotel Carrasco. Allí se quedará hasta el 16 de febrero. Durante su breve estadía concitó la atención de numerosos artistas y periodistas uruguayos, así como de la prensa. Cuarenta y un artículos se publicaron sobre su visita en sólo tres diarios de la capital. Cfr. Pablo Rocca, 'Federico García Lorca en Montevideo', en *Brecha*, 'La lupa', 13 de enero de 1995; Ian Gibson, *Federico García Lorca. 2. De nueva York a Fuente Grande 1929-1936*. Barcelona, Grijalbo, 1987, p.293 y ss.

4 En artículo de Pablo Rocca citado en la nota anterior se puede leer un fragmento escrito por el propio Amorim sobre una conversación con García Lorca en Madrid. No aporta detalles, y tampoco ha sido posible probar dicho encuentro. Gibson, por su parte menciona que Amorim había hecho amistad con García Lorca en Buenos Aires.

5 Sarah Bollo (1904–1987), de larga trayectoria poética, había publicado antes de la llegada de García Lorca, *Diálogo de las luces perdidas* (1927), *Los nocturnos del fuego* (1931) y *Las voces ancladas* (1933).

6 Se refiere –y los que peinan canas recordarán el dicho "más rápido que Frégoli"– al artista de variedades famoso sólo por su velocidad para cambiarse de ropa. Debo a Pablo Rocca y a Jorge Peluffo la confirmación de este dato.

7 Roberto Fontaina, Juan Enrique De Feo y Jaime Farell adquirieron los derechos de CX 16, Radio Carve -que iniciara sus trasmisiones en 1928- de su fundador Carlos Carve.

8 Alberto Gerchunoff (1883-1950). Nació en Rusia pero se radicó con su familia en Argentina en los primeros años de su niñez. Publicó *Los gauchos judíos* (1910) y dedicó gran parte de su vida al periodismo en el porteño diario *La Nación*. Cfr. Adolfo Prieto *Diccionario Básico de Literatura Argentina*, Buenos Aires, CEDAL, 1968.

9 Ramón Gómez de la Serna llegó por primera vez a Montevideo en junio de 1931. Lo hizo desde Buenos Aires donde fuera invitado por la Sociedad de Amigos del Arte para dictar conferencias en esa ciudad. Debo a Nicolás Gropp esta información, quien investiga las peripecias de don Ramón en el Río de la Plata.

10 Poema trágico en tres actos y seis cuadros, estrenado por la compañía de Margarita Xirgu el 29 de diciembre de 1934, en el Teatro Español.

11 Enrique Díez Canedo (España, 1879-México 1944), intelectual de prestigio, era el representante en Uruguay de la Legación española, Antonio Pena (1894-1947) escultor y Emilio Oribe (1893-1975) poeta y profesor de Estética en la Facultad de Humanidades y Ciencias.

12 Se quedaría –efectivamente– hasta el 16 de febrero; ver nota 3.

13 Su amistad con Manuel de Falla (España, 1876-Argentina, 1946) es familiar y deriva de su tío Luis García Rodríguez, el músico de la familia, con quien de Falla tendría "una buena amistad". En 1919 se establecería en Granada donde conoce a Federico. A partir de 1922 encararían juntos varios proyectos: la organización del Concurso del Cante Jondo en Granada, la 'Fiesta para los niños' en 1923 y otros; como parte del programa para la Fiesta de los Reyes Magos, presentan *Los dos habladores* de Cervantes cuya música, 'La danza del diablo' e 'Historia del soldado' pertenecen a Igor Stravinsky (Rusia, 1872-EE UU, 1971). A Stravinsky seguramente lo conoció en la Residencia de Estudiantes de Madrid donde se alojara a partir de 1919; "en el campo de la música, la actividad de la Residencia" –informa Gibson– fue extraordinaria". Allí se dieron cita Manuel de Falla, Maurice Ravel e Igor Stravinsky, entre otros. Cfr. *Ian Gibson, Federico García Lorca. 1. De Fuente Vaqueros a Nueva York, 1898-1929*, Barcelona, Grijalbo, 1985, p.247 y ss.

14 Ernesto Halffter (1905-1989) fue integrante del grupo de compositores conocido como Los Ocho, cuyas obras se oyeron por primera vez en la Residencia de Madrid, antes citada. Fue alumno de Manuel de Falla y hubo intentos de este por vincularlo con García Lorca; incluso hay una pieza de aquel dedicada "Al gran Federico, flor de poetas, con la admiración entusiasta y la cordial amistad de su futuro colaborador. Ernesto. En el mes de mayo de 1923". Por su parte Federico le escribe a Ana María Dalí (hermana de Salvador): "¿No conocías a Halffter? ¿Verdad que es un tonto muy interesante? Tiene la bobería suficiente para llegar a ser un gran artista". Cfr. Andrew A. Anderson y Christopher Maurer (eds.) *Federico García Lorca. Epistolario completo*, Madrid, Cátedra, 1997, p.200n y 297 respectivamente. En 1932, Halffter dirigirá la orquesta Bética de Cámara de Sevilla –fundada por Manuel de Falla– en la interpretación que de *El amor brujo* se hizo en Cádiz y, cita Gibson "es como si nunca antes se hubiera oído ni visto debidamente el apasionado ballet". Cfr. Gibson, Tomo 2., op. cit., p.241.

15 No ha sido posible confirmar tal aseveración.

16 Se refiere al Estadio Centenario, enclavado en el Parque José Batlle y Ordóñez, que fuera inaugurado apenas cuatro años atrás a la visita de Lorca para el mundial de Fútbol de 1930.

17 La Barraca nació de la identificación de García Lorca con los propósitos culturales de la República. Se trataba de un teatro estudiantil ambulante –vinculado a las Misiones Pedagógicas fundadas por la República en mayo de 1931– que llevaría obras clásicas, según escribe Gibson, "a los pueblos y aldeas de España, tan faltos de estímulos culturales". La iniciativa, que contó con el apoyo de la UFEH (Unión Federal de Estudiantes Hispanos), contemplaba "la creación de un teatro universitario permanente en Madrid y otro ambulante que recorriera el país durante las vacaciones". Federico García Lorca fue nombrado director artístico del Teatro Universitario. Para asistir a Federico se designó al dramaturgo Eduardo Ugarte Gorostiza, quien se convertiría en un fiel colaborador durante toda la trayectoria de La Barraca. Después de meses de trabajo, selección de actores, músicos, escenógrafos, etc., ensayos, partió desde Madrid, en su primera gira, el 10 de julio de 1932. La Barraca fue vista como estandarte político y como tal fue castigada por la oposición a La República. Según información tomada por Gibson del libro de quien fuera presidente del Comité Directivo del Teatro Universitario, Arturo Sáenz de la Calzada, *'La Barraca' Teatro Universitario*, la compañía lorquiana montaría trece obras en más de cien representaciones en sesenta y cuatro pueblos y ciudades de España e incluso llegaría a Marruecos. Cfr. Gibson, Tomo 2, op. cit., 153 y ss.

18 Se refiere a *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, primera de las puestas en escena del "teatro portátil".

19 Luis Pedro Mondino, músico. Ferreiro escribirá en su página de *La Razón*, el 2 de abril de 1946, un artículo sobre su obra: "El nuevo libro de Luis Pedro Mondino es una total e inesperada revolución en los métodos de la didaccia musical. *Preludio para la tarde de un fauno*, el poema de Mallarmé que inspirara a Debussy, sirve de base para tan radical y moderna interpretación".

20 Se refiere a la casona que se encontraba en dicha esquina, haciendo cruz con la Embajada de Brasil, hoy demolida y sustituida por un nuevo edificio. Allí residía el representante de España en Uruguay, que hacia 1948 se instalaría como Embajada en su actual ubicación de Avda. Brasil 2770.

21 Alude a *Poeta en Nueva York*, libro que viene cargando desde su estadía en aquella ciudad y que no llegará a la imprenta hasta 1940.

22 Es de *Poeta en Nueva York*, pero había sido divulgado antes de la aparición del libro. Prueba de ello es la cita que hace Ferreiro en la primitiva versión del artículo aquí publicado, que apareciera en *El Pueblo* el 1° de febrero de 1934.

23 Es imposible, o por lo menos difícil poder atribuir estas palabras al autor del *Romancero gitano*, *Poeta en Nueva York* o *Diván del Tamarit*, en los que la realidad está más allá del objeto. Aquí, como en otros pasajes de la crónica, el poder testimonial de Ferreiro escapa a su control.

24 Mariano José de Larra (1809–1937) fue periodista y poeta romántico rescatado por la Generación del 98. Ferreiro también escribirá sobre él, en dos oportunidades, en la página de *La Razón* (10/X/1944 y 25/VI/1946).

25 El relato que hace Pablo Neruda sobre la visita a la casa del millonario argentino Natalio Botana confirmaría la lesión pero no la ocasión. Según Neruda, Federico cumplía una misión de centinela mientras él consumaba con una asistente a la fiesta "el sacrificio al cielo estrellado y a Afrodita" en lo alto de la torre del mirador; "Federico –cuenta Neruda– corrió alegremente a cumplir su misión [...] pero con tal apresuramiento y tan mala fortuna que rodó por los escalones oscuros de la torre. Tuvimos que auxiliarlo mi amiga y yo, con muchas dificultades. La cojera le duró quince días". *Confieso que he vivido*, Buenos Aires, Losada, 1974, pág.159. Ferreiro, atribuye a la caída de un caballo tal lesión, pero no es posible comprobar si fue a instancias del relato de Federico o es obra de su propia invención.

26 La escritora Victoria Ocampo (1891-1976) fue la directora y fundadora, en 1931, de la revista *Sur*.

27 Incluido en *Romancero gitano*.

Neruda en Montevideo (*)

Alfredo Mario Ferreiro

–A pesar de los años transcurridos –seis para siete–, están aún calientes las campanas de sacudimiento de las palabras de Pablo Neruda –nos dice Juvenal Ortiz Saralegui[1], cuando acabamos de instalarnos junto a la vidriera del café.

–El 4 vuelve del Brasil[2]. El mismo 4 hablará en el Ateneo. Luego, partirá para Chile...

Nosotros pasamos la mano por el vaho del cristal. Borrosos huyen los automóviles, como si nuestro gesto los hubiese espantado.

Aquellas palabras que pronunciara en Montevideo, cuando viniera, en 1939, como invitado de AIAPE[3], suenan como a recién pronunciadas. Fue el momento en que Neruda aparece en Montevideo, arrastrando su pierna quebrada.

Y así lo vemos nosotros por primera vez, ante los micrófonos de Carve, asistido por Roberto Ibáñez, ya sobrevenida la noche.

Así lo vemos y lo retenemos así.

Estaba entrando el otoño por todas partes.

Alojándose donde podía. La humedad rezumaba las piedras. Las calles, pegoteadas de hojas muertas, eran grises y doradas en toda su extensión.

En aquel Marzo de 1939 apareció Neruda en Montevideo.

Ya tenía el poeta lograda su alta fama.

Alta fama de ser el gran poeta de América. Alta fama más acrecida, si cabe, luego de su andar por España[4].

La España que traía guardada en el corazón. Para que nadie osara más contra ella y para que allí adentro se repusiera para sacudirse a quienes, sin derecho, la sojuzgaron y sojuzgan.

La altísima voz del poeta no encontró muros para contenerse, sino corazones abiertos que la llevarán por mucho tiempo ardientes de verdad, con la amargura de las derrotas efímeras y la seguridad del triunfo final.

–España no ha muerto –ha dicho este oceánico poeta– dice Ortiz Saralegui–, ternura de florecillas en labios con grandeza de montaña y de niños.

Pero no pronunció la frase hábil del orador demagógico, sino el concepto profundo, cavado en la realidad de España y del mundo.

Juvenal calla. Mediados andan ya los pocillos de café que tenemos por delante. Tiene razón. Pablo no pronunció la palabra hábil del orador demagógico. Sino el concepto profundo que, ahora, a casi siete años de distancia, a través de la catástrofe que acaba de asolar a Europa, se torna más profundo y nos revela la existencia del vidente.

A los dos días de escrito y publicado su magistral discurso, cuando con él andaba por la que fuera, en tan pocas horas, su ciudad querida, llegaba a Montevideo el telegrama de la rendición de Madrid[5].

Pablo Neruda, la noche antes –nos confiesa Ortiz Saralegui–, en un momento de angustia, contrito, despedazado, le había dicho:

Es horrible. Tú no sabes lo que quiero a Madrid, que era como mi casa. Pero la entregarán maniatada. Tres mil compañeros, quizá más, estarán desarmados ya, presos... Prontos para ser sacrificados

A las pocas horas, apenas pasada la media noche, llegaba la confirmación de su triste pensamiento.

Luego cayó Valencia.

Entregaron 'La Gloriosa', con sus alas bravías bajo las cuales durmió un pueblo inocente, su sueño entrecortado por los aviones fascistas.

Se hace un silencio.

Juvenal extrae unos papeles. Son recortes de periódicos de aquella época. Telegramas de Buenos Aires, fechados el 30.

–Mira... – me dice Ortiz Saralegui.

Yo miro. Es un despacho que desesperadamente se comunica desde Madrid que es imposible salvar las vidas en las zonas centrales de la capital española. La vida de los refugiados. Nuestro querido Ontañon[6], entre ellos. Ontañon luego nos refirió por lo menudo el trágico momento.

Cuestión de vida o muerte. Y por minutos. Pedían que lo comunicaran a Chile y a nuestro país.

Ya no iba a quedar un palmo de tierra libre. Los naranjales de los huertos valencianos iban a ser botín del invasor nazi-falangista. Esclavos los niños y las mujeres. Los hombres exterminados junto a los muros de las afueras.

–Pero... –añade la voz de mi amigo–, a pesar de todo, no ha muerto España.

Justamente, en ese instante, llegó Neruda

Pablo Neruda llegó por primera vez a Montevideo en el justo momento en que pudiera asomar en el horizonte de los hombres y sus encontrados pensamientos, el fantasma de una crisis.

Tonificó a nuestros camaradas su

palabra de miel y sangre.

Flor de la montaña endurecida.

Fue el creador de la poesía y el analizador exacto del destino del mundo.

Con su presencia pudo iniciarse otra cruzada más de ayuda a los refugiados españoles, en la persona de sus más prestigiosos intelectuales.

Hubo un movimiento en todo Montevideo y en muchas localidades del interior de nuestro país de solidaridad con la tremenda desgracia del pueblo español.

Más que todo comentario, la resonancia de su palabra golpeó en todas las puertas, ganó las ventanas, llenó la casa de los hombres.

Su venida fue como abrir de par en par las perspectivas del arte y de la política más nobles del mundo.

En él volvió a cobrar alientos la exclamación: España no ha muerto.

Sobre la agonía. Sobre el precipicio de la vida, la España del 14 de abril, es eterna[7].

Viene de Goya a Federico.

Y Antonio Machado.

Y el Cid y el Quijote.

Del Cid y el Quijote, al miliciano, ya convertido en mata de la tierra, aroma de los ríos, ausencia del aire...

–El español no puede regresar a las cavernas del fascismo, ni a los opiantes inciensos de los frailes, ni al deshonrado uniforme de los cuarteles.

–Porque de cada iglesia, de cada regimiento, de cada escuela, de cada biblioteca, la patria del sacrificio, la mutilada patria española, brotará con la exactitud de la naturaleza en todas las primaveras, cumpliéndose así un destino histórico, un orden humano.

Banderas blancas de Madrid rendido: ¡volad ahora que está apagada la luz de la estrella!

Y en un artículo que publicara por ese entonces Juvenal, decía lo siguiente:

Mañana renacerá la claridad del tiempo. No hay día demasiado largo; pasa la noche de la fiebre, las agonías y los suicidas.

Los muros rojos de las fosas frescas, los ríos de sed de justicia manchados con los crímenes de Franco y de la Junta de la Traición de Madrid, serán la nueva voz venidera.

Recia como el relámpago de la historia.

Pablo Neruda - Juan Marinello

Estaba en Montevideo, por ese entonces, presidiendo la misma Asamblea, el cubano Juan Marinello[8], poeta, estilista, ensayista de los más grandes de hispanoamérica, hombre puro y moderno, revolucionario y cordial, encina y rosa de la raza nuestra.

Como la define con el exacto andar de su palabra nuestro Emilio Oribe.

Estaba Marinello. Que con Neruda y Lombardo Toledano –como lo dice este entrañable Toño[9], cuando vamos muy apuraditos para el diario–, forman la trilogía juvenil de más pujanza en el mundo occidental.

Estaba Marinello, el definido por Rafael Alberti –otro que también se asoma y escapa, pero más a menudo–, en plena guerra, en un precioso romance:

Luz blanca de hombre muy hombre
la voz de Juan Marinello.

Y Oribe descubre que en ese mismo romance se habla de la voz de Neruda:

Voz de honda fruta lenta
flotando en un mar eterno.

Y ambas voces resonaron allí. Neruda y Marinello alzan sus voces ante la atentísima actitud de las juventudes uruguayas.

Marinello habló de Neruda.

Comenzó diciendo que hacía cuatro años –diez ahora–, recibió en la cárcel de La Habana, a los cinco meses cumplidos de su encierro, los *Tres Cantos Materiales* de Pablo Neruda.

Los leyó muchas veces.

Y escribió un comentario por el que le riñeron algunas gentes de mucha cuenta: Gabriela Mistral y el propio Pablo Neruda.

Ahora, discurrido un tiempo mágico y aclarador como ninguno, se afirmaba en su razón de entonces.

Porque sus palabras habían recibido un bautismo de sangre líricas y humanas, de sangre de venas y de cantos.

Marinello, en su comentario carcelero, anunciaba a América que estaba corriendo serio peligro uno de sus más firmes valores.

Pedía que se leyeran los *Tres Cantos Materiales*.

Son, desde luego, obra de muy peraltada estirpe.

Un poeta sin aguijones muy lúcidos no podrá llegar a la entraña inexistente –lírica–, del vino, del apio y de la madera.

Y entonces corre el vino perseguido
y sus tenaces odres se destrozan
contra las herraduras, y va el vino en silencio,
y sus toneles, en heridos buques en donde el aire muerde
rostros, tripulaciones de silencio,
y el vino huye por las carreteras,
por las iglesias, entre los carbones,
y se caen sus plumas de amaranto,
y se disfraza de azufre su boca
y el vino ardiendo, entre calles usadas,
buscando pozos, túneles, hormigas,
bocas de tristes muertos,
por donde ir al azul de la tierra
en donde se confunden la lluvia y los ausentes. [10]

Hacemos un silencio. Volteo las hojas de un libro. Juvenal me observa atento. Me paso. Volteo hacia atrás las páginas. Aquí está. Es este fragmento de 'Apogeo del Apio':

Son las venas del apio! Son la espuma, la risa,
los sombreros del apio!
Son los signos del apio, su sabor
de luciérnaga... [11]

Y ahora lo de la madera. Buscamos. A ver... Aquí. Estos dos versos de 'Entrada a la Madera':

caed en mi alcoba en que la noche cae
y cae sin cesar como agua rota... [12]

Se sale el poeta, la gran voz del poeta grande, por estos bellísimos versos:

áspera voz de viento encarcelado,
se queja herido de aguas y raíces... [13]

Está presente, apresada en estos poemas, esa dimensión de alusiones y trasmundos en que nos guiña el ojo sin pupila la última poesía española.

Góngora y el surrealismo y la palabra sedienta y la palabra ciega y la palabra ahogada.

Y la máxima deliberación.

Y el más rampante vivapepismo.

Poesía de minuteo y de puñalada trapera, de alucinaciones y cegueras, de torbellino y de parálisis.

Este mundo, sin carta geográfica posee un grave poder. Unanimisma al poeta con la poesía.

Vive a expensas del poeta. De su sangre y de su aliento.

Al entrar en este mundo el poeta queda laminado.

Disuelto en la poesía.

Hasta el mismo Pablo Neruda –afirmaba Marinello–, se había dormido en la poesía con los ojos abiertos.

Había soñado las cosas. Pero apretándolas por el costado más cercano.

Había echado el oído entre los rumores sin dueño, pero enganchaba sólo los que habían nacido para su oído.

Nos había habituado a tocar en su voz vientos lejanos y desalados. Pero traducidos a su sangre.

La poesía existía a través de Neruda, estaba en aquella virtud de elevar a lo más la tensión lírica, sin peligro, sin rotura de las válvulas de carne y hueso.

Sus poemas nos tendían como brazos unos puentes no vistos antes, de aérea arquitectura audaz, de ojos increíbles, de líneas disparadas hacia arriba, pero de piso firme y desembarazado.

Por esos puentes llegábamos sin esfuerzo...

Soldado ejemplar

Juvenal Ortiz Saralegui me interrumpe. Me interrumpe para hablarme del nítido recuerdo que tiene de la escena en que Marinello decía estas cosas acerca de Neruda.

Se nos está yendo la tarde.

Un reflejo dorado se ha caído en el asfalto, y se va lentamente resbalando en la humedad pegajosa.

Las persianas se asoman a despedir la luz que se va.

Juvenal vuelve a recordar la tarde aquella –marzo del 39– cuando entró Neruda y todos lo aplaudieron.

Cuando entró Marinello, y todos lo aplaudieron.

Neruda venía de España. Donde lo conoció Marinello.

En la trinchera española se conocieron estos dos grandes.

Entre balas y esperanzas disparadas hacia cielos muy altos.

Como que aquella trinchera era la de la Historia. Camino recóndito y ancho hacia el futuro. Porque Pablo, lo confiesa Marinello, fue soldado ejemplar.

Soldado ejemplar porque entendió, como Jorge Manrique, su destino.

Ahí está, en su verso actual, la voz de todos traducida a su sangre, como quería Marinello que estuviese mientras leía en la cárcel sus *Tres Cantos Materiales*.

Y como lo preveía, su sangre es ahora más fiel a su excepción, a una excepción hecha de las sumas más ricas y complejas.

La entraña del vino, del apio y la madera –entrañas del poeta– se han conmovido para siempre.

No han mudado su esencia.

Han alzado su latido.

Pablo es ahora señal y verdad de la mejor América.

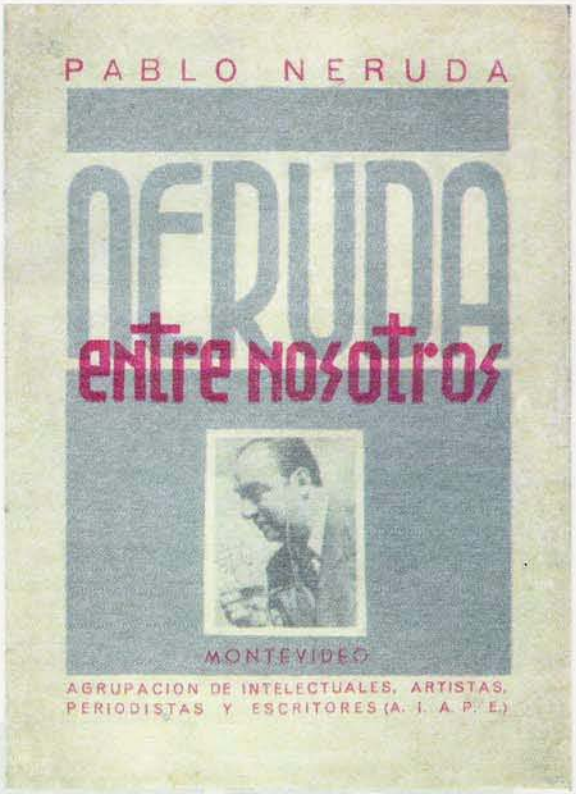
Ahora soy yo el que saco del bolsillo un periódico. Me emociona verlo. Es *Cartel*[14]. Es el número 7 de *Cartel*. *Cartel* fue una de mis hazañas. Como otra fue la de la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense (¡salud, Agustín de Ocampo y Alfredo E. Möen, camaradas de veras!).

Este periódico lo sacábamos con Julio Sigüenza, que había estado en Cuba, y allí había conocido a Marinello, y a Lizaso, y a Ichaso y a toda aquella gente de *1927, 1928, 1929*.

Era el año 1930. La época del auge de mi "autobús" [15].

Que el propio Marinello comentara.

En el periódico, una vez, de mañana,



quedamos absortos ante una carta timbrada con un sello que tenía un elefantito en colores.

Venía dirigida a nosotros.

La abrimos.

Era de Pablo Neruda.

Nos enviaba un poema. El poema se llamaba 'Colección Nocturna'.

Poema que representaba a Neruda totalmente. Lo supimos después. Poema que representaba la experiencia vital de la caída en el sueño elevada a experiencia poética.

Poema que se resume en su primer verso:

He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico:
su gestión insistía, su denso paso llega
envuelto en caracoles y cigarras,
marino, perfumado de frutos agudos. [16]

Sigüenza y yo quedamos maravillados.

Al mismo tiempo el poeta nos comunicaba que había partido para Singapur. Donde continuaría desempeñando el cargo de cónsul de su patria.

En el mismo número de *Cartel*, el entrañable Carlos Sabat Ercasty, tan admirado por nosotros y por el mismo Neruda, bajo el título de 'Retratos al fuego', continuaba la extraordinaria colección de sus artículos sobre Gabriela Mistral, también de Chile, es decir, de América, como Pablo.

–¿Dónde está Sabat?– nos preguntó Neruda, al paso para el Brasil, en el Nogaró, en la mañana del 10 de julio.

–Ayer estuvimos aquí mismo con él– le respondimos.

Habíamos estado junto a él ya los desterrados argentinos que conmemoraban su 9 de julio tucumano, en misma mesa, delante de la que ahora nos sentamos para que Gatti nos tome una foto.

Foto que Gatti se resiste a entregarnos.

Porque dice que Neruda está con los ojos cerrados.

Que es la actitud de Neruda. Porque mira hacia adentro. Hacia dentro suyo, donde bulle ese paisaje que sólo representan sus poemas.

Pablo Neruda anda con un andar sonámbulo. De transmundo. De hombre que llega apresurado porque este tiempo se le va adelantando. Y él debe pulsarlo como a cadena de draga. Eslabón por eslabón.

Para dar su visto bueno a los remaches.

Y dislocar los eslabones falsificados. Que ahora quieren entrar en la cadena. Y hacer como si siempre no hubieran hecho otra cosa.

Pero él está para avizorar. Sintiendo dentro los latidos de todo. Y el sonido a falsificación que quiere filtrarse de improviso.

Él está con los ojos entornados. Como los médicos que auscultan a conciencia.

En ese momento en que sobra el ojo.

O entrega la guardia al olfato, al oído, al tacto y al gusto.

–Amado Alonso, dijo, que si tuviera que caracterizar en una cifra la poesía última de Pablo Neruda, lo haría con estos tres versos de su 'Oda con un lamento':

oh sueños que salen de mi corazón a borbotones,
polvorientos sueños que corren como jinetes negros,
sueños llenos de velocidades y desgracias. [17]

Es una poesía escapada tumultuosamente de su corazón, romántica por la exacerbación del sentimiento, expresionista por el modo eruptivo de salir, personalísima por la carrera desbocada de la fantasía y por la visión de apocalipsis perpetuo de que informa.

(Las luces se han ido encendiendo una a una. Parpadean los tubos de luz. Con el ventear de la puerta, entra un olor a humedad, un ruido a tránsito y a radio distante.

Yo coloco el libro de manera de poder leer un poco más, haciendo pininos con ésta mi inseguridad visual. Juvenal, que ha pedido otro café, fuma despaciosamente.)

Los libros de poemas de Pablo Neruda anteriores a *Residencia en la Tierra*, son:

1921 *La canción de la fiesta*

1922 *Crepusculario: poemas*

1924 *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*

1925 *Tentativa del hombre infinito*

1926 *Anillos* (En colaboración con Tomás Lago).

Todas las primeras ediciones, en Santiago de Chile.[18]

Como Pablo Neruda (legalmente Neftalí Ricardo Reyes) nació en 1904 (Temuco) todos estos versos fueron escritos antes de los 22 años.

Los compuestos después, los ha ido ordenando bajo el título de *Residencia en la Tierra*.

En 1933 publicó en Santiago un primer tomo.[19]

En 1935 apareció la hermosa edición de Cruz y Raya, Madrid, en dos volúmenes, con declaración de las fechas de composición: I, 1925-1931; II, 1931-1935.

La guerra civil española sorprendió al poeta en Madrid y en 1937 publicó en Chile un cuaderno de poemas de guerra con el título de *España en el corazón (1936-1937)*. En la anteportadilla hay esta advertencia: *Este Himno a las glorias del pueblo en la guerra, forma parte del tercer volumen de* Residencia en la Tierra.

El sábado en el Ateneo

Es tarde. Más de las ocho, Nos vamos. Rayan, caracoleando en la humedad de la vidriera, las luces de los tranvías.

Salimos.

El sábado lo oiremos en el Ateneo.

Va a ir mucha gente. La entrada es libre.

Hablará sobre 'Argentina y la Paz de América'.

Cuando nos vamos a dar la mano, como se me escapa un ómnibus, apenas si puedo despedirme del gran camarada con un "chau viejo", que llena toda la calle y va a quedarse junto a Juvenal, allá, en la esquina.

Alfredo Mario Ferreiro

(*)

Publicado en la página literaria de *La Razón*, Montevideo, 31 de julio de 1945, con el siguiente título: 'Montevideo vuelve a tener la presencia de Pablo Neruda, señal y verdad de la mejor poesía de nuestra América. Por acercarnos los americanos cada vez más a la universalidad, es que entendemos mejor –infinitamente mejor– la grandeza de este poeta'.

1 Juvenal Ortiz Saralegui (1907-1959) acompañó a Ferreiro en las primeras manifestaciones de la vanguardia en Uruguay con su poemario *Palacio Salvo* (1927); único de sus trece libros que frecuentaría el espacio urbano desde la óptica del futurismo.

2 Se refiere al 4 de agosto de 1945. El 30 de julio del mismo año fue recibido en la Academia de la Lengua de Río de Janeiro y durante su regreso a Chile se coordinan recitales en Montevideo y en Buenos Aires. Pablo Neruda (1904-1974) visitará Montevideo en varias oportunidades, con motivo de su segunda visita en 1945, Ferreiro recreará el pasaje del poeta en el año 1939.

3 La AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) nucleó a la intelectualidad uruguaya que decidió enfrentar el avance de los regímenes autoritarios. Participaron de la primera época de la agrupación hombres de diferente extracción política como Justino Zavala Muniz, Roberto Ibáñez y Sofía Arzarello. Organizó actos y conferencias y publicó 39 números de una revista del mismo nombre entre 1936 y 1944. Su dirección estuvo a cargo de Roberto Ibáñez (Nos. 1 a 28), de Gisleno Aguirre (Nos. 29 a 30) y de Guillermo García Moyano hasta el final. Con motivo de la visita de Pablo Neruda a Montevideo, la AIAPE recogió los textos leídos en el acto realizado el 24 de marzo de 1939. Neruda regresaba de España camino a Chile donde se organizaba la acogida para los emigrados españoles. En el Ateneo pronunció una conferencia publicada más tarde con el título de 'España no ha muerto'. Para un detalle de sus etapas y sus protagonistas, véase el artículo de Pablo Rocca para el *Diccionario de Literatura Uruguaya, Tomo III*, Montevideo, Arca, 1991, Alberto Oreggioni (Director).

4 Neruda había llegado a Madrid en 1934, como cónsul de su país. Allí, estableció fuertes vínculos con los poetas Federico García Lorca, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y con el crítico José Bergamín, director de la revista *Cruz y Raya*, donde se editará al año siguiente la segunda edición en dos tomos de *Residencia en la tierra*. Esta filiación poética le valdrá la enemistad de Juan Ramón Jiménez, con quien debatirá en varias oportunidades. El desencuentro, más que perjudicar al joven poeta chileno, le otorgará vasta popularidad. Acerca de estas relaciones, puede leerse el artículo de Ricardo Gullón: 'Relaciones Pablo Neruda-Juan Ramón Jiménez', publicado en *Hispanic Review*, N° 39 (1971); recogido por Emir Rodríguez Monegal y Enrico Mario Santí en *Pablo Neruda. El escritor y la crítica*, Madrid, Taurus, 1980.

5 Efectivamente, la resistencia republicana en Madrid fue derrotada por las tropas franquistas el 28 de marzo de 1939.

6 Se refiere a Santiago Ontañon (Santander, 1905-Madrid, 1989), escenógrafo y dramaturgo que colaboró con Federico García Lorca. Escribió *El bulo* y *El saboteador* (1938), que "formaron parte del repertorio de «Las Guerrillas del Teatro» durante la Guerra Civil". Cfr. Miguel Signes, artículo del *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana* dirigido por Ricardo Gullón, Madrid, Alianza, 1993.

7 El 14 de abril de 1931 fue proclamada la Segunda República Española, sustituyendo nuevamente –primero había sido en 1873– el régimen monárquico.

8 Juan Marinello (1898-1977) se graduó de Doctor en Derecho, en la Universidad de La Habana y fue fundador de la *revista de avance* (1927-1930), así con minúsculas, que luego cambiará de nombre cada año para llamarse respectivamente, 1927, 1928, 1929 y 1930. Su preocupación estaba centrada en los movimientos de renovación estética así como en los acontecimientos políticos. Integraron el núcleo fundador, además de Marinello Alejo Carpentier, Martí Casanovas, Francisco Ichaso y Jorge Mañach.

9 Se refiere a Antonio Salazar, dibujante salvadoreño que se incorporó al staff de *La Razón* a partir de junio de 1945. Ferreiro escribió un artículo sobre él para la edición del 5/VI/1945 de la página bajo su dirección: 'Toño Salazar, primer turista de la temporada 1945-6, sigue siendo un enigma para la crítica aun después de veinte años de conmover al mundo con la renovada serie de sus triunfos. El gran dibujante salvadoreño está en Montevideo desde el 25 de mayo y *La Razón* lo cuenta ya entre el personal de su redacción, lo que constituye un orgullo para el periodismo uruguayo'.

10 Estrofa final de 'Estatuto del vino', incluido en *Tres cantos materiales*, publicados con el título de: *Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles (Tres cantos materiales)*. Madrid, Plutarco, 1935.

11 Fragmento de la segunda estrofa de 'Apogeo del apio', también incluido en los *Tres cantos materiales*.

12 Son versos de 'Entrada a la madera', ibidem.

13 De 'Apogeo del apio'.

14 Periódico literario dirigido por Julio Sigüenza y Alfredo Mario Ferreiro, que publicara diez números entre el 15 de diciembre de 1929 y marzo de 1931. Véanse los artículos de Ferreiro en el N° 1 de los Archivos de la Literatura Uruguaya, así como información de la cronología de esa entrega.

15 Alude aquí a su libro *El hombre que se comió un autobús (Poemas con olor a nafta)*, publicado en 1927 por *La Cruz del Sur*, sello editorial vinculado a la revista del mismo nombre.

16 Se corresponde con la primera estrofa de 'Colección nocturna', incluido en *Residencia en la tierra [1925-1931]*.

17 Versos finales de la segunda estrofa de 'Oda con un lamento', incluido en *Residencia en la tierra [1931-1935]*.

18 Efectivamente publicó esos libros de poemas, pero también *El hondero entusiasta* (1933) y los *Tres cantos materiales*, varias reediciones y textos definitivos; su bibliografía completa hasta 1939 –inclusive– alcanzaba a 33 libros.

Las ediciones príncipe estuvieron a cargo de:

La canción de la fiesta. Santiago de Chile, Federación de Estudiantes de Chile, 1921.

Crepusculario. Santiago de Chile, Revista *Claridad* de la Federación de Estudiantes de Chile, 1923.

Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1924.

Tentativa del hombre infinito. Santiago de Chile, Nascimento, 1925.

El habitante y su esperanza. Santiago de Chile, Nascimento, 1925.

Anillos. Santiago de Chile, Nascimento, 1926.

El hondero entusiasta. Santiago de Chile, Empresa Letras, 1933.

Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles (Tres cantos materiales), Madrid, Plutarco, 1935.

Luego comienzan las reediciones con textos corregidos y la acumulación en *Residencia en la tierra*.

19 Se refiere a la edición de Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1933.